

Lenka Elbe

U Ra No vA

Traducción de Daniel Ordóñez

PRÓLOGO

Ahí estaba de pie, desnudo de cintura para arriba. Completamente inmóvil. A la señal, miró al objetivo de la cámara. El flash le hizo cerrar los ojos.

Apenas hora y media antes, estaba Franz Schmitt solo en la galería de la mina. Iba por un largo pasillo estrecho, las botas se le escurrían sobre las vías mojadas. Había poco aire, como si no funcionara la ventilación. Por fortuna, no tenía que bajar a trabajar a la mina, sino únicamente a limpiar un pequeño derrumbe. Nada grave, los refuerzos fueron rápidamente reparados y todo quedó bien. Solo tenía que ir a limpiarlo para que se pudiera pasar de nuevo. Durante una hora, Franz llenó nueve vagonetas de piedras y quedó listo. De no ser por ese cuerpo muerto, podría haberse ido a casa antes. Pero un tipo yacía bajo los escombros y no podía hacer como si no estuviera ahí. Era un hombre de unos 45 años. Franz agarró por las axilas el cuerpo inerte y lo alzó para poder echarlo a la vagoneta. Pero, de repente, escuchó un grito. Era ensordecedor. Dejó caer al suelo el cuerpo del hombre y se tapó los oídos con los índices. Pero eso no cambió nada. Seguramente porque, en realidad, nadie había gritado en la galería. El recién nacido yacía completamente inmóvil, no había abierto la boca. Esas manitas pequeñas juntas, en otras circunstancias, serían adorables, pero cubiertas de sangre provocaban, más bien, terror. En la cabeza de Schmitt, sin embargo, el bebé seguía chillando como suelen chillar los niños, ya que siempre les falta algo, quieren que los cojan en brazos, quieren agua, comer, dormir, tienen frío, calor, quieren a mamá, quieren sentir cerca a otra persona, desean una muestra de cariño, una caricia. El recién nacido desnudo tirado sobre la fría galería seguro que grita para pedir ayuda.

No gritaba. Pero estaba vivo. Y parecía que no le faltaba de nada.

No le faltaba de nada.

Ese niño había nacido fuerte y tenía por delante un futuro brillante.

Franz lo envolvió en su camisa y lo estrechó con fuerza contra su cuerpo para calentarlo. El fotógrafo se giró por última vez para realizar una foto más por si acaso. Franz, con el bebé en brazos, miró al objetivo y el flash volvió a cegarlos. Trabajo terminado.

PRIMERA PARTE

PRIMAVERA

1. ERAN DOS

Era indiscutible que Henry Robotham estaba enamorado de Angela Kurz. Lo había diagnosticado por los siguientes síntomas: para empezar, no tenía ojos para nada en el mundo que no fuera Angela; segundo, contaba los segundos que quedaban para que llegara cada una de sus citas; y tercero, se emocionaba demasiado. Cuarto, no lograba concentrarse y tenía la sensación que se había vuelto un poco tonto. Lo que sería el síntoma número... Le costaba concentrarse, así que tardó un rato en volver a hacer la cuenta. Era el quinto síndrome.

Por mucho que se esforzara, cada vez que miraba la cara de Angela, ya estuviera hablando o callada, veía siempre la imagen de un hada. En su cabeza, eso era el grado máximo de idealización de una mujer: un hada como encarnación de la belleza física y espiritual. Sabía que era algo ridículo y que ella seguramente hasta se reiría de él, pero a él le hacía sentir bien eso. Aunque solo tuviera 23 años, estaba convencido de que no había encontrado nunca en su vida nada mejor que ella y que, seguramente, nunca lo haría. Y esto era algo que decía a Angela bastante a menudo. Incluso demasiado a menudo.

–Eres lo mejor que he encontrado en mi vida –le decía a media voz y le besaba la mano. Sobre todo por la noche. Tres veces. O cuatro.

Ya llevaba un año entero ganándose la vida de profesor de música graduado, o sea, que tocaba el piano y la guitarra. Era realmente joven, así que para trabajar con niños le faltaba paciencia, pero, por otro lado, precisamente porque era joven, no tenía los nervios destrozados como el resto de profesores, por lo que, por mucho que lo sacara de sus casillas algún alumno a los cinco minutos de empezar la clase, no dejaba que se le notara la ira. Sabía esconderla bien dentro sí mismo y contenerla. En realidad, eso lo hacía muy bien en cualquier situación. Nunca dejaba entrever nada de sí mismo.

Angela también era profesora. Recién graduada, así que oficialmente aún no había dado ni una clase, ya que estaba disfrutando de las últimas vacaciones antes de empezar a trabajar. Para Henry era la señorita Perfecta, le había tocado la lotería, no era ni aburrida ni excéntrica, era exactamente el punto justo. Como le gustaba a él. Aunque tenía ciertos temores de ser él el aburrido para ella, pero seguramente ella estaba con él precisamente por eso. Le parecía mono y tenía sentido del humor, esporádico, del que aparece solo de vez en cuando y con el que Henry, más que nada, enmascaraba su miedo a lo desconocido, lo que lo hacía aún más sorprendente.

(...)

Salió por la puerta principal a las escaleras exteriores. Ya estaban allí ellos. Schmitt y la enfermera Elbe. Las sombras que desaparecían en el pavimento atraían sus miradas, pero más aún las nubes suspendidas inmóviles en el cielo.

–¿Estas son tuyas, Elbe? –preguntó la doctora a la joven enfermera del balneario.

Elbe levantó la mirada al cielo y negó con la cabeza.

–No. Yo... No –se defendió distraída y sonó como si tuviera nueve años y debiera demostrar que de verdad no había sido ella la que había tirado el jarrón roto al suelo saltando a la comba.

–No son mías –respondió finalmente, dicho lo cual dio un respingo y miró atrás como si tuviera la sensación de que alguien la estuviera siguiendo.

–Hum –resopló la doctora incrédula y volvió a dirigir su mirada al cielo.

–Van a Ostrov, debería habérselas llevado el viento del este, pero no soplaba ni un poco –se extrañó Schmitt.

La doctora se tomaba la situación del cielo mucho más en serio de lo que cabría esperar. Esta característica suya evidentemente no aparecía en el texto de la primera página del folleto del hotel Sklodowska. Allí solo ponía: *«Doctora Estela Hansová hija, propietaria y directora del hotel. El hotel, construido entre los años 1899 y 1901, se llamó inicialmente Hotel Hans. En los años cincuenta fue confiscado durante la nacionalización de patrimonio por parte del Estado. Estela Hansová madre, también médica, recuperó el hotel en el año 1990 tras la caída del régimen comunista. Por desgracia, ese mismo año Estela Hansová murió y su hija tomó todo el control del hotel. Madre e hija, las dos médicas de profesión, las dos entregadas al trabajo en un balneario de radón, las dos perseguidas por la Policía Estatal. Para el hotel remodelado eligió Estela Hansová hija el nombre Sklodowska para diferenciar así las dos épocas de baños termales en Jáchymov interrumpidas por el totalitarismo y la devastadora extracción de urano para la Unión Soviética»*. El folleto estaba impreso en varias lenguas y se encontraba sobre la mesa de todas las habitaciones y en un montón en el mostrador de la recepción. En la última página había también una fotografía que captaba a la perfección la belleza del jardín y su glorieta. Era difícil imaginar que el jardín realmente tuviera más encanto aún cuando uno lo veía en persona. Pero no en este momento. Todas las flores y arbustos a los lados del camino parecían ahora bastante marchitos. No es que se doblaran los tallos bajo la flor, sino que estaban ya tendidos solo un poco por encima del suelo como si quisieran esconderse en la tierra.

–¿Pero qué has hecho con ellas, Franz? –recriminó la doctora Schmitt.

–No lo entiendo, ayer estaban bien –se defendió mientras levantaba inutilmente una flor con un dedo.

–Me aseguraste que estabas en condiciones de hacer el trabajo.

–¡Estela, de verdad que las regué! ¡Es muy raro! –protestó.

Era la primera vez que la doctora increpaba a Schmitt por su edad. Por supuesto, no mencionó la edad, pero estaba claro. Ella confiaba en lo bien que se conocían y en que sabría que no lo pensaba mal. Sin embargo, solo un momento después, ya no parecía en absoluto tal cosa. La doctora Estela Hansová se quedó mirándolo con una cara de aversión como si le diera asco y no lo reconociera en absoluto. Sí, Schmitt tenía 89 años, pero las arrugas de su cara nunca fueron tan profundas y oscuras como ahora. En esos pliegues cabría hasta una moneda. Las arrugas verticales

del cuello se cruzaban con una cicatriz roja perpendicular que le daba la vuelta completa. Se palpó la cara sin poder apartar la mirada de la aterrada Estela.

–¿Pero por qué me muerde?! –chilló de repente la enfermera Elbe, llamando la atención de la doctora.

–¡Me muerde! ¡Tengo que deshacerme de él! –gritó una vez más y salió disparada a la puerta del hotel.

–¿Dónde vas? ¡Vuelve aquí! –le gritaba la doctora.

Elba iba corriendo por el hall, se escurrió en las baldosas y por poco se cae, pasó de largo por el parquet rechinante del restaurante hasta irrumpir en la cocina por la puerta batiente de ventana redonda. La doctora la seguía. Sonaban los tacones. Abrió de golpe la puerta de la cocina y vio a Elbe abriendo una botella de aguardiente.

–Elbe, ¿qué pasa aquí? Así no puede seguir esto, te tolero la petaca y el perro, pero este comportamiento es inadmisibile.

–¿Lo has visto? ¡Me ha mordido! –se defendió Elbe.

–¿Este perro? –dijo la doctora con ironía.

–¡Sí! –replicó con acritud la enfermera y echó un trago de la botella.

Estela Hamsová tenía ganas de agarrar a la muchacha del cuello y sacudirla hasta que soltara la botella. Le quitó de la boca la botella con tanta brusquedad que se la vertió encima. Elbe, furiosa, agarró de la cara a la doctora. Y así esta se fijó en que realmente tenía un buen mordisco en la mano. Pero antes de que fuera capaz de decir nada, interrumpió sus pensamientos un ruido de sillas arrastradas combinado con crujidos de parquet y otros sonidos más sutiles que inmediatamente identificó como los sollozos de las hermanas Mira y Mila, las gemelas con vestidos de cuadros. La doctora dejó de hacer fuerza y dirigió su mirada al restaurante a través de la ventanilla redonda. Los jubilados escupían al plato el pastel de semillas de amapola y ponían cara de asco.

Apenas le dio tiempo a apartarse cuando la puerta se abrió de golpe y apareció el cocinero seguido por las gemelas llorosas.

–¡Tienen razón, esto no hay quien se lo coma! –gritó–. ¿Qué es esto? ¿Qué habéis hecho? ¡¿Qué le habéis echado?! –voceaba sin parar mientras escupía al suelo un trozo de su hasta entonces afamado pastel. Arrojó con desprecio el delantal a las caras hinchadas de las dos chicas, que inmediatamente se largaron llorando aún más. Sus tacones golpeaban el parquet y creaban una insólita armonía con los crujidos. Los golpes de los zapatos ocasionaban unos temblores que hacían vibrar todo el suelo. Y aunque las chicas se sentaron en el sofá de terciopelo de la sala, todo seguía vibrando. Las lámparas de araña de cristal verdes del restaurante susurraban, las copas chocaban entre sí suavemente. Los pasos de las chicas no tenían la culpa de eso. Estela estaba intentando detener el golpeteo de las ollas de acero inoxidable colgadas cuando en el reflejo de una de las sartenes pulidas se vio una línea roja alrededor del cuello. La tocó. En la manga de su abrigo blanco apareció una mancha de sangre.

–¡Ayuda! –gritó mientras se echaba al suelo.

–No es nada, todo está bien, siéntese –la calmaba Elbe.

La doctora agitaba la mano frente a la cara de la muchacha.

–¡Elbe, te lo ruego, tapóname la herida!

Pero nadie hacía nada. Elbe solo le acariciaba dulcemente el pelo.

–¡Pero hagan algo! ¡¡Por qué no me ayuda nadie?! –dijo en un resuello.

Ninguno de los presentes se sorprendió de la fea cicatriz del cuello, de la manga ensangrentada ni de que se estuviera asfixiando, sencillamente porque nadie vio nada de eso. Cesó la vibración. Calma. La manga de Estela estaba limpia y podía respirar con normalidad, tenía el cuello perfectamente, del mordisco en la mano de Elbe no había ni rastro y la cara de Schmitt, que justo acababa de entrar, tenía el aspecto normal de cualquier persona de 89 años.

La doctora se levantó del suelo, salió corriendo del restaurante de vuelta al hall y fijó la mirada un momento en la entrada principal. Después, por la escalera se fue a la galería y se ocultó tras la barandilla decorada. Sintió que la puerta abierta dejaba entrar algo de aire fresco de la mañana. La brisa le levantó un mechón de pelo que le cayó sobre los ojos. Miró con cuidado por una rendija entre las columnas y la ornamentación.

La puerta se cerró.

Allí estaba.

Un nuevo huesped.

Un huesped antiguo.

Un huesped asiduo.

Joe Sagrado Colorado Chuchín.

Evidentemente, no era ese su nombre real.

Pero lo eligió bien. Si alguien en el mundo tenía el aspecto de Joe Sagrado Colorado Chuchín, ese era él.